

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 15 DE OCTUBRE DE 1922

NÚM. 19.876

TRAIDOR A LA PATRIA

NOVELA CORTA ORIGINAL DE
LUIS ANTÓN DEL OLMET



GANADA la guerra, destronado el pequeño zar que estuvo casado con una princesa teutona y que mantuvo relaciones diplomáticas con el emperador militarista, proclamada la república en el territorio de Eslovenia, comenzó la revisión de los procesos sumarisimos que se tramitaron durante el período marcial. Uno de ellos fué denominado «proceso Oton Bellaha».

Oton Bellaha, de veinticuatro años soltero, exento del servicio militar por sordera contrada a causa de una dolencia moceril, labrador, había sido fusilado «por espionaje». Los autos, lacónicos, sólo daban una referencia sucinta de aquel tremendo y execrable delito. Oton Bellaha vivía, con sus padres, ancianos, y un hermano menor, en cierta granja situada cerca de la frontera militar, a pocos kilómetros de la línea de fuego. Oton, que por sordo era de ánima reconcentrada y solitaria, tenía palomas mensajeras, a las que cuidaba y educaba con esmero. Un día, cierta paloma de Oton Bellaha remontó el vuelo camino de la frontera. Horas después, por sorpresa y dando pruebas de conocer demasiado bien el terreno, el enemigo ocupaba una importante ciudad de Eslovenia.

Oton Bellaha, acusado por sospechoso, fué procesado, y tres días después pasado por las armas.

Cuando llegaron los soldados a la granja donde vivía Oton Bellaha, encontraron a éste con su aire bobo y su eterno aspecto de estoico ingenuo. Se le dijo que se diera preso por traidor a la patria, y encogió los hombros con un vago terror en el semblante, y no dijo palabra.

Su madre, sí; lloró mucho y se mesó los cabellos grises. El padre quedó como aplastado por aquella inmensa desgracia.

El hermano menor, de quince años, Enrique, a quien Oton adoraba, intentó librar al acusado violentamente, y fué preciso que los soldados le golpeasen para evitar sus gritos, sus protestas, su fracundia.

—¡Es una infamia lo que hacéis!—decía—. ¡Un crimen! Mi hermano es incapaz de una traición.

Y luego, ante la impavidez de aquellos rostros impertérritos, gritó execrante:

—¡Y para eso habéis destronado al zar! ¡Y para eso lucháis contra el militaris-

mo! ¡Y para eso os decís liberales! ¡Para detener a un inocente!

Enrique Bellaha constituía la antítesis de su hermano Oton. Era moreno, vivaracho, nervioso, de enormes y negros ojos avizores, y tan grande aparecía su precocidad en el estudio, que el maestro había visto en él como una clara prueba de transmigración o metempsicosis.

Oton, a pesar de su sordera, entendía al hermano estudiando la forma de sus labios cuando éste hablaba. Se pasaban el día juntos en los quehaceres de la granja, trabajando para mantener a los padres, que ya eran viejos.

Ellos cavaban y sembraban, podaban y cosechaban. Ellos ordeñaban a las cuatro enormes y humildes vacas del establo. Ellos traficaban con marchantes y

suelo, todo cubierto de palomina, que Oton recogía de vez en vez, como el minero recoge oro, y que esparcía por las tierras para darles fertilidad y calor. Se aspiraba un ambiente de maternidad y de infancia en aquel sacro rincón bien amado. Arrullos de palomos en celo, buchones y pegajosos, sistemáticos, siempre tras de la hembra que coquetea, se escabulle y pone ojos de malicia encoradora. Alestar despavorido de palomas asustadizas y jóvenes. En los nidos, alargando sus delgados cuellos, los pichones, aún implumes y horribles, miraban a los visitantes con anheloso estupor. Y luego, ¡el placer de soltar a los mejores viajeros con sus recaditos atados a una pata, y verles volar y aterrizar, como inteligentes aviones, de su larga excursión!

Poco antes de ocurrir la hecatombe de que fué víctima Oton Bellaha, el partido republicano y aliadófilo de Eslovenia había declarado insurrecto contra el zar Ulrico y había formado unas tropas que combatían, bajo la bandera republicana, frente a los prusianos.

Enrique Bellaha también se declaró insurgente. No fué admitido en el ejército por demasiado joven, pero su corazón le pertenecía. ¡Qué hermosas ideas las de aquellos hombres! Ellos le hacían la guerra a la guerra, no a Alemania, no a los hombres. Querían aplastar al imperialismo. Vencedores, implantarían en Europa un sistema político justiciero, y en las escuelas futuras no se hablaría de Estados, sino de Humanidad, y no se enumerarían las grandes batallas históricas, sino los grandes descubrimientos científicos. Eslovenia sería una republiquitá labriega y feliz, sin tropas, sin odios, sin mandones ni jerarcas. Oton y Enrique querían seguir cosechando el trigo y criando sus palomas, libres de ominosos tributos en dinero o en sangre, bajo la paz y el bien. ¡Sueño que iluminó a la minoría culta del orbe durante breves años y que se dispó como una ilusión imposible!

El partido popular de Eslovenia, constituido por oradores y algunos comerciantes de abolengo judío, tenía como principal caudillo al tribuno Pablo Nacher, antiguo diputado de la Duma, encarcelado y proscrito durante el mandato zarista, hombre de palabra brillante, de rizada melena y de colosal ambición.



—En el espíritu de este niño—decía—habita el alma de algún remoto sabio. Es inverosímil tanta facilidad para las letras. Por su boca no habla lo muy escaso que yo le enseño, sino otro hombre cuya inmensa cultura heredó.

Enrique Bellaha era impulsivo, de temple generoso, de imaginación exaltada. Sentía una innata y desbordante propensión al bien. Amaba a los seres débiles y pequeños, y un día en que destruyó cierto hormiguero sin querer, jugueteando, lloró inconsolable, y les pedía perdón a las hormigas.

Oton y Enrique se llevaban muy bien.

acaparadores e iban al pueblo a vender y a comprar.

Los asuetos también pasábanlos juntos.

Oton, sin novia ni cariño alguno femenino, sencillo y casto, dedicaba los días festivos y las horas libres a su pasión: a las palomas mensajeras, cuyo sagaz instinto le divertía y admiraba.

Entrambos habían construido y ampliado el palomar, que era hasta suntuoso, peripuesto en un rincón de la heredad y adosado a dos tapias en ángulo. Era de un solo piso, y entrar allí constituía una fiesta. Las paredes, divididas en especie de nicho para la crianza. El



Nacher, metido en una celda presidia-
ria al estallar la guerra, pudo escapar
merced a la corrupción de algunos solda-
dos y estuvo en París.

París le acogió con aplausos. Nacher
era la aliadofilia de Eslovenia, voz de la
raza oprimida y esclava, símbolo de un
país que anhela incorporarse a la civili-
zación.

Nacher dió conferencias profusas, y se
hizo retratar asaz. Al habla con los gran-
des políticos, obtuvo una pensión decoro-
sa que le permitiera vivir sin mancillarse
del todo. Luego, propuso un plan que fué
aceptado. Iría a Eslovenia por la fronte-
ra sur, y crearía el ejército aliadofilo.
Esto sería una cuña más que hendiese a
los germanos, acicate para otros pueblos,
ilusión de insumisos, foco de nuevas re-
beldías.

Audaz, inteligente, Nacher obtuvo fácil
victoria. El sur de Eslovenia se le decla-
ró parcial. Allí formó sus huestes, una
división mandada por cierto ilustre gene-
ral francés. El zar, en la capital de su
reino, tuvo que sustraerle tropas a la
alianza germánica para combatir a Na-
cher. El oeste de Eslovenia se hizo tam-
bién republicano; el oeste, donde vivía
Oton Bellaha con sus palomas y su ho-
rror a la fuerza. Y así quedaron dos Es-
lovenias distintas: la, Eslovenia germa-
nizante y zarista y la Eslovenia amiga
de los aliados. Ambas tenían jueces y
soldados, y ambas, en pugna, adminis-
traban justicia y ejecutaban terribles
sentencias en nombre de parecidos dere-
chos y con una técnica forense muy se-
mejante.

En agosto de 1918, el zar de Eslovenia,
reducido a un pequeño territorio, hosti-
lizado por las tropas de Nacher, ham-
briento, no él, pero sí sus leales, sin tri-
go, sin azúcar, sin plomo, solicitó la paz.
Clemenceau se la concedió bajo las si-
guientes condiciones: Se entregaría al
general francés que mandaba a los eslo-
venos aliadofilos. Acataría la república.
Trasladaría su residencia y la de sus hi-
jos a Suiza, donde no procuraría por me-
dio alguno su vuelta al trono. El zar de
Eslovenia, que carecía de espiritualidad,
cedió para salvar la pelleja, dos granos
que tenía en el cuello y seis muelas po-
chas—eso es todo lo que se salva cuando
se pierden el alma y el honor—, y se en-
camionó a Lugano mientras Nacher se
hacía tomar medidas para un uniforme
suntuoso y Ludendorff se replegaba sin
garbo hacia la demota. Los fantasmones
huían, y otros fantasmones heredaban el
rango perdido.

Enrique Bellaha, detenido por injurias
a la fuerza armada de su país el mismo
día en que fué pasado por las armas

Oton, no presenció los grandes sucesos
de la paz. Supo que el hermano había
sido ejecutado siendo inocente. Supo que
la madre y el padre vivían de limosna.
Supo que el advenimiento de las ideas
nuevas en Eslovenia había sido trágico
para su familia desolada. Pero no sabía
lo peor. No sabía que las ideas nuevas,
el mito nuevo, ante cuya voracidad fue-
ron sacrificados tantos seres, era una en-
telequia, una utopía, otro ídolo creador
de nuevos bonzos, de nuevos jueces, de
nuevas iniquidades.

Cuando supo, desde la cárcel, que el
zar había abdicado, que Eslovenia tenía,
por fin, la república ideal y que el trium-
fo de los aliados era un hecho, adoptó
ante sus personales desventuras un ges-
to de sumisión cósmica. Su razonamien-
to era el siguiente: Las auroras se en-
gendran en la noche, y todos los grandes
partos sociales, como los partos físicos,
están llenos de sangre y dolor. Oton ha-
bía caído, como brizna, en el caos revo-
lucionario, pero fecundo. Los padres ten-
dían su mano escuálida en los caminos
polvorientos. El sufría cárcel. Mas ¿qué
importaba nada de eso ante el ademán
juvenil de Europa? Nacher era el genio
de Eslovenia, y el orbe entero se apresu-
raba a erigirse, vestido con la ropa sana
y limpia de una civilización intelectual.

La cárcel guardaba tipos curiosos, leva
y detritus de humanas rarezas. Entre
ellos descollaba un griego, llamado Polo,
digno de haber florecido en Roma bajo
Calígula.

Era sordo, como lo fué Oton; pero te-
nía listeza larga, aunque corta escucha.
Había vivido siempre de sus teorías ex-
trañas y de sus amenidades inextintas,
tráfico en Montecarlo con tusonas, en
París con negocieros, en el Cairo con se-
res ambiguos. Fué, de joven, rufián. Es-
tuvo preso por estafador en Munich. Se
zafó de un proceso por envenenamiento
en California. Poseyó automóvil en Ma-
drid, donde fundó una revista científica.
Calígula le hubiera nombrado procónsul.
Nuestra Edad lo hizo espía en 1914.

Polo se hallaba preso por una equivo-
cación de la jurispericia republicana,
pues había servido en el espionaje revo-
lucionario. Detenido por la milicia del
zar durante una leva de granujas, cayó
en chirona, y allí se pudría, víctima de la
incomprensión carcelera. Y allí permane-
cía aún, a pesar del triunfo republicano,
a pesar de sus lamentos, execraciones y
amenazas.

Por boca de Polo supo Enrique Bellaha
cuanto acaecía de rejas afuera. Y por
boca de Polo—que tenía referencias del
exterior, cada día renovadas—supo que,
¡ay!, la subversión de poderes no había
sido en Eslovenia y en toda Europa otra

cosa que una horripilante mascarada.

Supo un día que la paz de Wilson, la
paz sin víctimas ni rencor, la paz cordial,
había fracasado bajo el ahito orgullo de
los sedicentes vencedores. Que Alemania
quedaba reducida a la esclavitud. Que se
impedía al Austria unirse al Imperio ale-
mán, mientras a éste se le cercenaban ter-
ritorios por suponerse a sus pobladores
en contra del espíritu prusiano. El ple-
biscito era admitido donde se le creía
galo, y evitado donde se le creía teutón.
Las ideas quedaban bajo una carga de la
caballería triunfadora, y todo aquel tu-
multo de la Razón y el Derecho, la Civi-
lización y la Cultura, pisoteado y mofado.

No era, no, aquella la última guerra
que soportaría el hombre. Fué la peor de
las conocidas, pero engendraría otras.
Los nuevos esclavos, satánicos en su odio,
ulcerados, morbosos, dedicarían sus lar-
gos silencios vigilantes a inventar terri-
bles armas. Y un día sobrevendría la
pugna colosal y prodigiosa, el fusil que
envía microbios, la receta que emponzo-
ña los ríos, el fluido que hace saltar los
depósitos de municiones enemigas, la
onda misteriosa que mata, desde distan-
cias enormes, a los indefensos habitan-
tes de villas y aldeas.

Enrique Bellaha se dirige al Tribunal
de revisión. Hace varios días que está li-
bre. Su espíritu se halla como ulcerado.
El padre ha muerto de hambre, en medio
de una noche fría. La madre es un des-
pojo tiritante y gemebundo, que llora e
impreca. Enrique ha buscado trabajo, pe-
ro no halla donde ganarse el sustento.
La desmovilización dejó a varios millo-
nes de hombres sin oficio. El odio social
agudizóse y se hizo rencoroso. La gue-
rra, lejos de cauterizar la ambición, in-

fióla, y la hipertrofia de la sensualidad
hízose deforme. No se cree en lo alto ni
en lo futuro. Se baila, se refocilan las
gentes y quieren vivir al día, sin traba-
jar, sin ejercer otro oficio que la briba.
Antes, la trapacería ocultábase. Ahora
impera el cinismo. Los hombres se asesina-
nan por la posesión del placer físico, de
lo que ellos suponen placer. La guerra
no fué crisol ígneo de purificación, sino
caldera infernal que produjo mayores es-
pantos. El Bosco pintaría un nuevo cua-
dro de horror minucioso con el espec-
táculo de Europa.

Enrique Bellaha ha visto a Nacher un
día pasar en su automóvil por la calle
desierta. Ya no es el despreocupado an-
dariego de barba hirsuta y de humilde in-
dumento, evangélica voz y profético ade-
mán. Es... el despota. Trae uniforme co-
mo el zar, edecanes y hueste. Usa auto-
móvil, y la policía le sigue para evitar
los atentados.

Ha copiado del antiguo zar su exterior,
y su interior también. Gobierna a nom-
bre del pueblo, pero sólo se deja dictar
por su capricho. Ha fusilado a todo aquel
que se le opuso. Son célebres sus frases
autocráticas, dignas de Luis XV y de Fe-
lippe II, de Francisco José y de Guillermo.

Enrique Bellaha, viéndole, ha cerrado
y crispado sus puños. Un mar de odio se
ha agitado en su alma.

El Tribunal de Revisión.

Se ve el proceso «Oton Bellaha». Ac-
túan como jueces tipos destacados de la
revolución, ayer proscritos y hoy trium-
fantes, llenos de satisfacción burguesa y
de engrandecimiento cursi.

La muchedumbre, curiosa, atesta los
banco públicos. Hacen guardia los sol-
dados de la República eslovena. Es lla-
mada como testigo la madre de Oton.



Pero no comparece. Después, es requerido Enrique.

—Diga usted—exclama el presidente—lo que sepa.

Y Enrique Bellaha comienza a decir...

«Mi hermano Oton era un alma sencilla, fácil al estupor. Teníamos palomas mensajeras, y entre ellas un macho admirable, al que llamaba «Audaz». «Audaz» había hecho pruebas maravillosas de resistencia en el vuelo, de orientación sagaz en el aire, de cautela y perspicacia en la manera de conducir los mensajes. «Audaz» era la idolatría de Oton, y de él aguardaba su celebridad y tal vez su fortuna. Yo he pensado después todo esto, ahondando en aquella psicología reconcentrada.

Cuando el enemigo de la República eslovana se situó cerca de nuestra granja, Oton desistió de adiestrar a sus palomas. Era peligroso, y en cierto modo inútil.

Oton cayó entonces en la melancolía, y sus aves en el tedio más triste. Ustedes no saben lo que es un palomar que se aburre. No se rían ustedes. No crean esto una exageración o una licencia retórica. Nada existe en lo creado más penoso que unos pobres animales hastiados de la vida. El tedio entre hombres es terrible, ¿no? Pero al hombre se le puede hablar, se le puede decir que aguarde unas horas, unos días, unos años; que llegará el resurgimiento, que advendrá la libertad, que cesará el marasmo. Los presos viven porque tienen la inteligencia que les hace esperar. ¿Los animales? Ellos desconocen el futuro. Cada hora de quietud es un tormento que no comprenden, que les abisma y desespera.

No os riáis. Las palomas se iban muriendo de hastío. ¿Qué pena daban aquellos ojuelos pensativos y aquellas alas marchitas!

Cesó de oírse en el palomar el arrullo manso, jovial e instintivo de antes. Las aves, en cucullas sobre sus nidos, guardaban un hosco silencio. Sólo yo sé lo que sufría Oton. Hay que tener algo de filósofo y de poeta para entender esta pena de mi pobre hermano.

Oton, un día, se decidió a ir matando a sus mensajeros para evitar aquella culpa unánime, demasiado angustiosa. Cogió a tres de ellos, a los más tristes y flacos, y les retorció el cuello, como si les abriese las jaulas hacia el infinito. Esto produjo en el palomar cierta alegría de revuelo y de esperanza. Ya no eran los días largos y las noches lúgubres, lentas y blandas. La hecatombe ponía su nota roja en el silencio aquél. Jamás, jamás he asistido a un espectáculo tan misteriosamente horrendo.

Pero cuando le llegó su turno a «Audaz», Oton no tuvo fuerza para estrangularlo.

Yo presencié la tremenda escena. Oton

le hizo un gesto, y el ave brincó sobre su hombro. Luego, lo cogió Oton sobre la mano izquierda, y con la otra estuvo acariciándolo. ¿Se entendían aquellos dos seres? Yo casi me atrevería a aseverarlo. ¿Resulta inverosímil la coincidencia espiritual entre un hombre y un ave? ¿Pueden llegar a la perceptibilidad mutua, por medio de un idioma apenas mimico, dos seres de diversa categoría zoológica, cuando tienen apetencias y designios comunes? Con el perro, el mono y el caballo, sin duda puede el hombre llegar a la amistad y hasta a un rudimento de sociedad mercantil. Pero ¿también con la paloma mensajera?

Si no fuese porque me arredra un tanto vuestra ironía y porque ignoro hasta qué extremo habéis llegado a la exégesis del corazón animal y de la psicología de los seres llamados irracionales, yo lanzar-

ía aquella noche, que nos parecía eterna.

Por la mañana preparamos al viajero, le dimos alimentos, le atamos al cuello una cinta blanca, y en ella el mensaje: «Amad la paz». Alboreando, saltamos al atrevido. ¿Quién hubiera pensado que su casto vuelo provocaría una sentencia de muerte!

Tengo una sensación límpida de aquella visión escueta. Había, durante los crepúsculos, una floja quietud en los frentes militares. Parecía imponerse la tregua. ¿Cansancio? ¿La misma emoción blanda y triste de las horas ambiguas?

Cuando voló «Audaz» rompía el sol hacia las líneas alemanas. Cundía un vasto silencio penoso. Ni una bestezuela en el campo, ni un pájaro en los aires. Pero aquel vuelo, aun siendo mínimo, concitó la atención de nuestros vigías y pareció romper el sopor matutino.

de su ave favorita ¡es tan inexplicable! Y luego, la sorpresa alemana, ¡realizada de modo tan súbito y eficaz!

Oton, además, no le tiene apego a la vida. Es un enfermo desolado y un naturalista cándido, y la guerra le ha aplastado el espíritu. Le aturde el hedor de la soldadesca y le conturban sus gritos y sus gestos. Le intimida la red judicial. Prefiere enmudecer. Recae sentencia. Las sentencias, en caso de guerra, han de ser muy rápidas. No hay tiempo que perder en hacer psicología, en estudiar temperamentos, en prever casos insólitos. Oton Bellaha es fusilado por traidor a la patria. El pelotón hizo fuego sobre su pecho. De sus labios no salió una protesta.

Ahora, mientras habla Enrique, el semblante de los jueces y la actitud del auditorio denotan misericordia. Oton va a ser rehabilitado. Cuando Enrique termina su discurso suenan aplausos tímidos.

Pero Enrique tiene algo más que decir, y demanda permiso para hacerlo. Su gesto es olímpico y su voz de clarín.

—No estimo—dice—vuestró aplausos ni deseo la rehabilitación del inocente.

Se sucede una sensación de hielo. Enrique añade:

—Durante los últimos días de la guerra pensé que hasta era glorioso el sacrificio de mi hermano. Moría por error, pero moría en la aurora de una edad nueva, bajo la sonriente luz de una civilización democrática, civil, sincera sobre todo. Pero he visto que aquello era una farsa.

Se detiene para imponerse sobre el estupor de los oyentes, y exclama aún más enhiesto:

—Todo, una farsa. Vencisteis al tirano y copiasteis su alma y hasta su atavío.

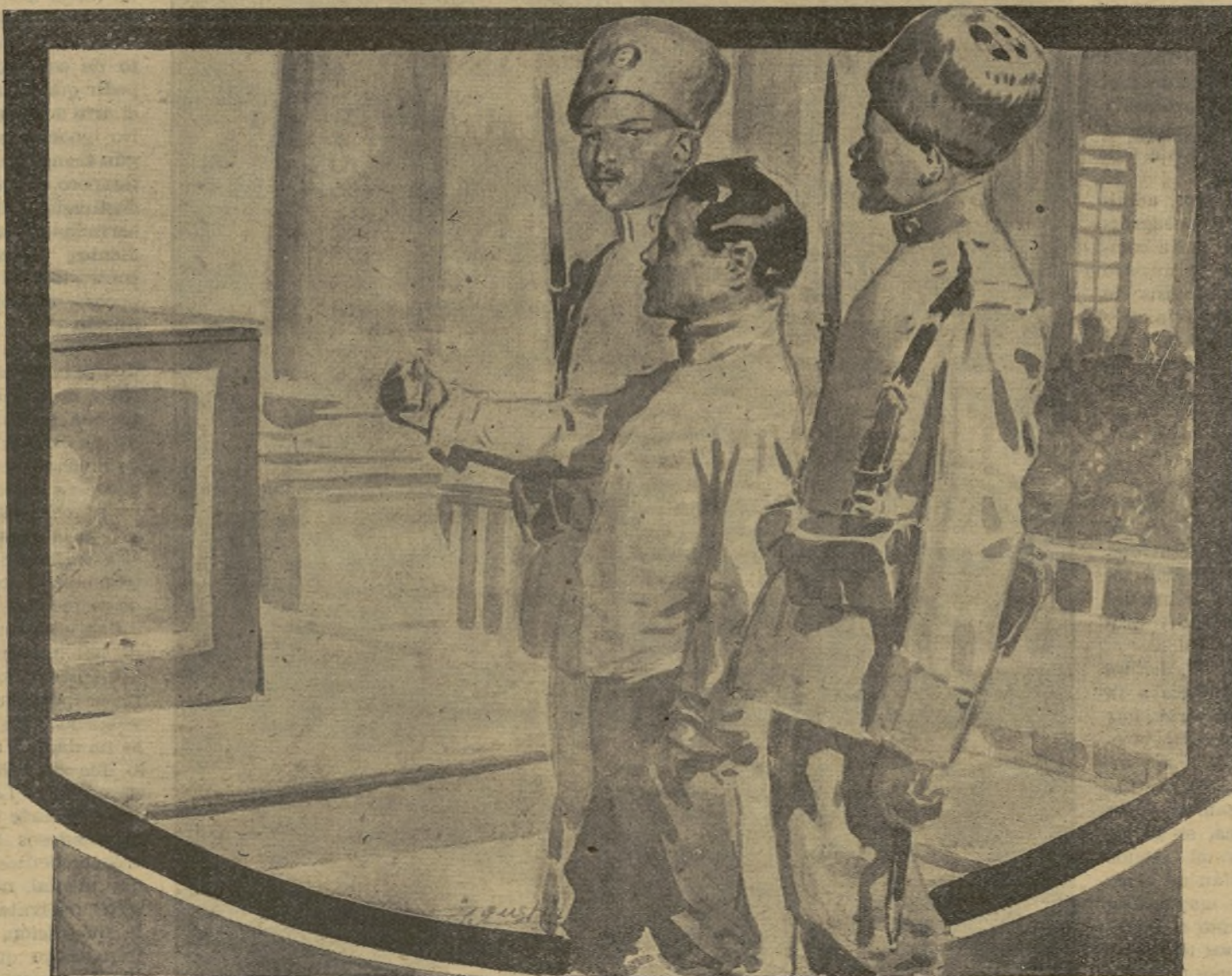
Decíais luchar por el espíritu, y lo habéis ultrajado el día de la victoria. Os odio. Odio a Nacher, al histrión Nacher. Os odio a vosotros, imbéciles, que volveréis a la guerra, porque os place la guerra, porque la merecéis, porque no sois dignos de la paz, de la bondad, de la justicia... Aquella paloma, que era un ideal, fué muerta, y su dueño fusilado por traidor. Yo también quiero ser traidor. Aherrojadme, encarceladme, asesinadme también. Pero sabed que os odio y que os desprecio.

Así acabó la vista del «proceso Oton Bellaha».

Horas después recaía sentencia contra la memoria de Oton el traidor, era llevado Enrique a la cárcel y, mientras Nacher recorría la ciudad en automóvil, con su uniforme abigarrado y su pedante gesto, la humanidad hervía en odios, que anunciaban un nuevo y colosal desastre.

Luis ANTON DEL OLMET

Dibujos de Agustín.



ría abiertamente mi tesis y os descubriría una serie de minuciosos detalles para demostrar que Oton y «Audaz» eran algo más que un amo y un siervo, un domador y un educando.

Yo escuché las palabras de Oton:

—Mañana vas a volar—dijo.

«Audaz» puso una chispa en sus ojos redondos y agitó las alas.

Después, mi hermano hizo me su pequeña y grata confidencia. ¿Sería capaz aquel palomo genial y casi único de volar con rumbo inteligente, esto es, sin valerse tan sólo del instinto, no ya hacia el sitio donde tuvo su nido en otros días, sino hacia la frontera, dejar caer allí un papel y regresar?

Yo me reí de aquello... ¿Estaba loco? «Audaz» se remontaría en el aire al verse suelto, y volaría según su capricho o acaso bajo el vago recuerdo de alguna pista recobrada en su memoria. Pero no volaría probablemente hacia las líneas germánicas, llenas de peligros, con el estruendo de los cañones y el fragor militar.

Ni Oton ni yo pudimos conciliar el sue-

—Mira—le dije a Oton—: quieren matarlo.

Era así. Las balas hendieron el viento y silbaban por encima de nuestras cabezas. De las guerrillas avizorantes partían los disparos, cada vez más vivos y profusos. Pero «Audaz», recto y valiente, seguía su marcha, se hacía más diminuto cada vez, hasta que desapareció. Fué aquella la última sensación animosa y bella que conservo de la vida.

Bien sabéis que no regresó el ave. Probablemente fué cazada por los germanos. El mensaje, leído en las avanzadas, excitó hasta el rencor a los enemigos. Poco después advino la avalancha, y Oton, por traidor a la patria, fué preso.

Es tan romántico el relato de Enrique Bellaha, tiene una ingenuidad tan persuasiva, que el auditorio llora, emocionado, con pura e infantil emoción.

Vese a Oton en la cárcel, estupefacto, lleno de terror tan grande y de frustración moral tan intensa, que no acierta a defenderse ni intenta soslayar su imposible culpa. Todo le acusa. Aquel vuelo

EL ARTE DEL LIBRO Y EL LIBRO CON ARTE

Las Hogueras de Castilla es un libro escrito por don Antonio de Hoyos y Vinent e ilustrado por don Manuel Castro-Gil. El literato ha compuesto evocaciones y ensayos líricos, imaginándose «las hogueras de fe, amor, ciencia, heroísmo y santidad, que arden en el yermo de las Castillas»; el aguafortista ha comentado, por medio de su arte, en páginas de vigorosos contrastes, las fisonomías ideales de las ciudades evocadas por el literato. La obra viene a ser una especie de ejecutoria de la nobleza que, adjudicada al viejo solar hispano por los destinos de la historia, acaba de encontrar el último registro de glorias, proezas y virtudes en crónica recién salida de las prensas y espléndidamente editada a costa de su autor.

La pluma del señor Hoyos, admirativa y ditirámica, por consagrarse a patriótica empresa, se ha complacido en la celebración de nuestro pasado, ofreciendo una síntesis de la vida española, cuando ésta, por serlo de verdad así, fué tan intensa, que irradió en vez de absorber; el lápiz del dibujante, a tono con la índole del texto, ha realizado el carácter de las representaciones; a don Víctor Oliva de Vilanova se debe el decorado de las páginas, la impresión y la encuadernación, pulquérrimas, de los ejemplares; la parte, en fin, tipográfica, que pone a envidiable altura, dentro de la industria nacional, y aun fuera, el nombre del maestro Oliva, tan conocido y estimado por los buenos bibliófilos.

Don Antonio de Hoyos y Vinent ha prestado un excelente servicio a la justa causa del libro con arte. *Las Hogueras de Castilla*, aparte su efectivo mérito literario, que no nos incumbe analizar, son, en el sentido que apuntamos, un alegato en favor de la tipografía artística, si no olvidada, menospreciada al menos por el prosaísmo y el afán de lucro que suele distinguir a la mayoría de los editores. Por eso, ante el ejemplo que nos ocupa, hemos de determinar su alcance; más que redactar un artículo laudatorio, nos interesa señalar la clase de orientación a que responden *Las Hogueras de Castilla*.

En primer lugar, hablemos, pues, de lo que se trata de un libro con arte, del ilustrador. Ya en alguna ocasión, refiriéndonos a don Manuel Castro-Gil como aguafortista, dijimos que su temperamento artístico era el mismo que la ilustración de obras requiere. Con ello dábamos a entender que no es él de aquellos que van guiados por la fidelidad en la copia ni por el hacer bonito y minucioso; con mayor amplitud, desde luego, interpreta, obediente, más que a la notación documental y circunstanciada, a la propia emoción, aun a expensas de sacrificar el natural. La serie de aguafuertes ejecutadas por el señor Castro-Gil—Toledo, Cuenca, Segovia, Medina del Campo, Avila, Valladolid, Palencia, León, Salamanca y Oviedo—evitan la visión fotográfica; el rasgo, libre, campea, para no aprisionar al espíritu, porque la ilustración, al fin y al cabo, no se cifra en concretar el paisaje o la alusión al texto, sino en exaltarle, mediante formas al arbitrio de la fantasía y en consonan-

cia con la intención que rige la letra. Pero, a más del escritor y del ilustrador, hallamos en *Las Hogueras de Castilla* un decorador: don Víctor Oliva. Capitales, frisos, viñetas, escudetes, etc., inspirados en motivos del Renacimiento, animan las páginas, destacándose con

ta, limpios y amables, en la encuadernación, de claro pergamino y hierros que ostenta el dorado blasón de la tapa.

Don Antonio de Hoyos, marqués de Vinent, ha soñado para su libro con galas y atavíos señoriales. La industria nacional tornó tal deseo en realidad tangible,

nos seduce por sus cualidades artísticas; comprendemos que sea objeto de mercado y de especial solicitud. Mas reconociendo su razón de ser y su derecho a existir, no puede negarse que lo democrático sería que el libro, de cualquier condición, aderezado con arte, contribuyera, como factor educativo, a la depuración del ambiente intelectual y al ennoblecimiento del lector. La necesidad en esto, como en otras cosas, de volver a lo antiguo, sólo a gentes frívolas parecerá mero capricho.

Las Hogueras de Castilla, producto de selección, nos mueven hoy a pedir que se fomente entre nosotros el arte del libro y el libro con arte. No ignoramos el camino que de algún tiempo acá se ha recorrido; pero tampoco que, desde las publicaciones destinadas a la escuela hasta las reservadas a las clases cultas y pudientes, impera una chabacanería contra la cual pugnan algunos, muy pocos, editores conscientes de su misión.

No ya a las obras de asunto artístico, a las literarias y, si se nos apura, a las científicas, a todas conviene una presentación artística. Atribal queda expuesto el por qué. No es en muchos casos una cuestión de dinero; es, en bastantes, plantear mal un negocio, el hacer del libro la peor y la más repulsiva de las mercancías, en lugar de convertirla en instrumento indispensable de cultura y de recreo.

Capítulo aparte merecen los tipos de publicaciones artísticas, ya sean éstas de carácter erudito, ya de carácter popular o con miras a la divulgación. En España, raras veces se ha dado a ambas formas de libro lo que en relación con el texto demandaban. Las reproducciones de obras de arte han de ser, aquí, unos escrupulosos traslados de los correspondientes originales. Su valor documental, no obstante, ha de permitir un tratamiento artístico, pues la ilustración, aun al servicio de la letra, exige que se la presente con una hermosura *per se*.

Hartos estamos de contemplar volúmenes consagrados a artistas, pintores, escultores o arquitectos antiguos y modernos, que editores desaprensivos lanzan a la circulación; en la mayoría de las veces aparecen los grabados tan confusos, que reclaman una explicación, en lugar de ser ellos mismos los encargados de suministrarla.

El libro que a los asuntos de arte se dedica, no cumple por lo común con los requisitos elementales de la función que se le asigna. Años atrás podía aducirse la falta de mercado y el escaso interés de tales obras. Hoy, que nos consta la facilidad con que dicho artículo se coloca, porque en España hay un público que lo busca y lo adquiere, creemos que ha llegado el momento de un cambio favorable. Los medios mecánicos de reproducción no son, por fortuna, los que se usaban a fines del siglo XIX.

Todo lo anterior, vulgar de puro sabido, importa repetirlo, máxime cuando cualquier libro extranjero acerca de materia artística, al caer en nuestras manos nos muestra bellezas insospechadas.

Angel VEGUE Y GOLDONI



SALAMANCA. — AGUAFUERTE DE CASTRO-GIL, QUE ILUSTR A EL LIBRO DE HOYOS Y VINENT «LAS HOGUERAS DE CASTILLA»

dos o más tintas sobre el tono uniforme del papel.

Nosotros, que distamos de entusiasmarlos con los engendros e imitaciones servidas bajo el pomposo título de *estilo español*—plaga que, estragando el gusto y rebajando nuestras artes aplicadas, no lleva trazas de extinguirse—, atenuamos semejantes calificativos con respecto de *Las Hogueras de Castilla*, ya que, en cierta manera, el contenido del libro aconsejaba una vestidura histórica. Mas en lo que nos toca defenderlo es en la parte tipográfica, en el empleo de los mejores materiales, en los tipos de impre-

habiendo sabido llevarlo a la práctica con general aplauso. He aquí, lector amigo, un caso de aristocratización editorial como no hay muchos. Una pseudo democracia, más atenta a la ganancia que al arte, se ha esforzado en producir libros a bajo precio, plebeyos, esquivos al goce de la vista y del tacto. Las llamadas ediciones económicas, por lo común significan la proscripción de elementos estéticos; son, en cambio, la afirmación del mal gusto, en detrimento de las bellezas literarias, que no lucen lo debido en lamentables estampaciones.

El libro caro, apetito de bibliógrafos,

LI-PULGI-TCHIN

CUANDO Li-Pulgi-Tchin nació, era un chinito como otro cualquiera y, por cierto, muy lindo: ¡tan amarillito; con ojitos tan chiquirritines y una trenza tan larga!

Pero entonces no se llamaba Li-Pulgi-Tchin, sino Ling-Lang-Lung, que es un nombre tan corriente y apreciado en la China como el de Pancracio y Policarpo en España.

En sus primeros años, Ling-Lang-Lung era un buen chico; un poquito holgazán, pero no mucho; algo goloso, pero sin exceso; una miaja respondón, pero con medida. En resumidas cuentas: no era mucho peor que... que tú, amigo lector, pongo por caso.

Ling-Lang-Lung vivía, en una casa de porcelana azul, con su papá, que era todo un señor mandarin, y su mamá, que era, por lo tanto, una mandarina. Entre nosotros sea añadido, la buena señora era tan gorda, que pasaba de mandarina y casi casi llegaba a naranja, a naranja de la China, por supuesto.

Cuando Ling-Lang-Lung empezó a crecer, comenzó a ponerse insoporrible, cada vez más, al revés de vosotros, que a medida que vais siendo mayores, vais siendo más buenos y razonables.

Lo que le pasaba a Ling-Lang-Lung es que no podía estar quieto nunca. A los cinco minutos de estar sentado, se ponía de pie; a los dos minutos de estar de pie, echaba a andar, y no bien había andado tres pasos, cuando empezaba a correr, brincando de un lado para otro, como un saltamonte, bailando como un fuego fatuo y girando como un peón.

De esta manera, molestaba y mareaba a cuantos la rodeaban, y, en particular, a la mamá mandarina, que era algo delicada de la cabeza.

De esta manía de correr y saltar a troche y moche provino el remoque que le pusieron de Li-Pulgi-Tchin, lo cual quiere decir en chino pulga que tiene el baile de San Vito.

A medida que Li-Pulgi-Tchin crecía, iba mereciendo más este nombre tan poético. Lo mismo saltaba y brincaba mientras aprendía a escribir con un pincel y tinta china, que mientras comía su arroz a la valenciana con palitos de marfil, y hasta mientras dormía soñando que el dragón bordado en el biombo de raso verde de la sala se animaba para devorarlo y él le mataba ahogándolo valientemente con su larga trenza.

Un día, la mamá mandarina tuvo un largo y grave conciliábulo con su esposo.

—¿Qué haríamos para que Li-Pulgi-Tchin se volviese menos travieso?—le preguntó—. Así es imposible que siga en casa, so pena de volvernos locos todos, y en ningún colegio le admitirían.

(Claro está que se lo dijo en chino; pero yo os lo traduzco, porque si no, puede que no lo entenderais.)

Y, después de mucho pensarlo, el papá mandarin sugirió:

—Llévatelo a la consulta del sapientísimo doctor Go-Ril-Ho-Fe-ó; puede que él nos cure a nuestro terrible retoño.

El doctor Go-Ril-Ho-Fe-ó tenía una trenza tan larga, que cuando andaba necesitaba un chinito para llevarla, como la cola de un vestido de novia. Sus bigotes estaban en relación con la trenza.

A pesar de que todo esto debió haberle

infundido un saludable respeto, no bien se halló Li-Pulgi-Tchin en el despacho del doctor, empezó a saltar de un lado para otro, curioseando en todos los rincones y tocando todo lo que le venía a mano con tal frescura, que el sabio estuvo a punto de recetarle sencillamente un par de azotes—uso externo—antes de cada comida, como a niño mal educado, que es lo que era, ni más ni menos.

Sin embargo, lo pensó mejor, y, después de rascarse la oreja izquierda y la punta de la nariz, entregó a la mamá mandarina una caja de laca roja llena de polvos blancos, de los que el paciente

poco a Li-Pulgi-Tchin, y él, tan enemigo de estudiar, se pasaba el día estudiando una combinación que le parecía de perlas.

—Si mañana me comiera de un golpe todo el contenido de la caja de laca—pensaba—, sería ventajoso para todo el mundo: para mí, porque me daría un festín de los que dejan memoria, y para mis papás, porque me verían de buenas a primeras convertido en un niño más bueno y tranquilo que el pajarito de plata bordado en el kimono de mamá.

Y en medio de la noche, cuando todo el mundo dormía en la casita de porcelana azul, Li-Pulgi-Tchin se levantó sigilosa-

ra reflexionar sobre su nueva situación; una fuerza invencible le levantó en vilo; cerró los ojos, pegó un salto formidable y salió disparado por la ventana.

Cuando se detuvo, miró en torno suyo y quedó estupefacto: se hallaba en un campo inmenso—en realidad no tendría más de un metro cuadrado; pero como Li-Pulgi-Tchin lo veía con ojos de pulga, le parecía inmenso—, alrededor del cual había una asamblea imponente de pulgas espectadoras. En medio, en lo que parecía una pista, había numerosos aparatos de gimnasia perfeccionados, como trampolines, trapecios, etc., etc., con los cuales otras pulgas, vestidas con trajes de «sport», realizaban ejercicios extraordinarios, haciendo cuádruples saltos mortales a granel, saludadas por las aclamaciones entusiastas de la asamblea pulguina.

(Ni que decir tiene que, siendo chinas, todas aquellas pulgas eran amarillas.)

Li-Pulgi-Tchin comprendió que se hallaba en el campo de carreras de las pulgas, que, como es sabido, son las mejores deportistas que existen.

Su aparición causó cierto revuelo, pues su nombre no figuraba en la lista de los concursantes, y su rostro era desconocido. Sin embargo, como había caído en plena pista, no hicieron caso de sus protestas ni quisieron escuchar sus explicaciones, y por orden de la presidenta—una pulga respetable, vestida con traje de tennis—se apoderaron de él, le administraron un buen masaje, sin duda para darle flexibilidad en las patas y el cuerpo, y le colgaron de la espalda un letrero con un número enorme.

Cuando llegó su vez de dar saltos, Li-Pulgi-Tchin se echó a temblar. Ciertamente, siendo niño, él tenía fama de ser un saltarín agilísimo, hasta demasiado ágil; pero ahora se daba cuenta que una cosa es ser un simple niño y otra ser toda una pulga. ¿De dónde iba él a poder realizar las maravillas de aquellos campeones extraordinarios?

Reunió todas sus fuerzas en un salto desesperado; pero, ¡ay!, una verdadera tempestad de silbidos, un pateo formidable, un escándalo ensordecedor, acogió su ejercicio. El tumulto era parecido al que podría oírse en la plaza de toros de Pekín ante la faena de un mal torero, suponiendo que hubiese corridas en Pekín.

En vista de todo esto, las dos pulgas que le habían colgado el letrero numerado tornaron a apoderarse del pobre Li-Pulgi-Tchin y le llevaron ante la presidenta. Esta dama blandió un bastoncito de oro que llevaba en la mano como insignia de su categoría, y preguntó a la asamblea:

—¿Qué castigo os parece que demos a esta miserable, indigna de ostentar la forma de pulga?

La respuesta fué unánime:

—¡La muerte!

El desdichado se sintió inundado por un sudor frío. En su tiempo de chinito le regañaban y castigaban incesantemente porque saltaba demasiado, y he aquí que las pulgas le condenaban a muerte porque no saltaba bastante. ¡Qué horrible situación!

Y vio acercarse a una pulga enorme, vestida de rojo, la verdugo, dispuesta a



habría de tomar la quinta parte de una cucharilla todas las mañanas.

Li-Pulgi-Tchin se echó a temblar; para él toda medicina tenía que saber a aceite de hígado de bacalao o, cuando menos, a agua de Carabafia, y no eran estas bebidas de su predilección. ¿Cuál no sería su alegría, a la mañana siguiente, al catar los polvos misteriosos y comprobar que eran la cosa más exquisita del mundo? Sabían a algo así como a mermelada de flores de loto, con nidos de golondrinas en almíbar y cabellos de Buda con canela.

Aquel día, Li-Pulgi-Tchin estuvo tan meditabundo, que casi se olvidó de saltar, correr y molestar a la gente. Sus papás, asombrados, se preguntaban si los polvos maravillosos operarían ya. Pero lo que ocurría, en realidad, es que la quinta parte de una cucharilla de aquella sabrosa medicina le había sabido a

mente, alcanzó la preciosa caja de laca roja, la abrió y, metiendo las manos dentro, empezó a comer a puñados los deliciosos polvos blancos, con tal ahínco, que ni siquiera se tomaba el tiempo de saborearlos debidamente.

Cuando la caja estuvo vacía, Li-Pulgi-Tchin notó una sensación rara. Al pronto temió una indigestión; pero, no; no le dolía el estómago; era como un hormigueo singular...

En aquel momento levantó los ojos por casualidad hacia un espejo y se miró; es decir, quiso mirarse, pues por mucho que hizo no vio nada. Al fin, vislumbró en su lugar un puntito negro, y comprendió la horrible verdad: ¡Li-Pulgi-Tchin se había convertido en pulga!

Tal fué su horror, que de haber conservado su trenza se le hubiera puesto de punta. Pero las pulgas no tienen trenza. Además, tampoco tuvo mucho tiempo pa-

cumplir la sentencia y agitando de un modo amenazador su boca puntiaguda en forma de pico. En otros tiempos, aquella boca tan sólo le hubiera producido un pinchacillo, seguido de un picor desagradable; pero ahora se le apareció un instrumento de muerte tan terrible, que lanzó un grito desgarrador; sintió que una fuerza invencible y misteriosa—la misma que le sacó de su casa—le levantaba en vilo; cerró los ojos, y...

... Y se encontró en su cama. A su lado estaba la señora mandarina, con una pizca de polvos blancos en una cucharadita, que le acercaba a la boca.

Li-Pulgi-Tchin tomó la exquisita medicina, y se guardó muy mucho de pedir el menor suplemento.

A nadie dijo una palabra de la extraordinaria aventura que le había sucedido, o que había soñado que le sucedía (nunca lo supo él mismo a ciencia cierta); pero

desde aquel día se le vio mucho más tranquilo y apacible. Hasta creó que no volvió a dar un solo salto, ni aun de alegría el día aquel en que el papá mandaron le llevó al circo; ni aun de sorpresa al ver en el circo ciertas pulgas amaestradas, que se parecían como gotas de agua a la presidenta de las pulguinas carreras.

Sus papás, asombrados ante tal transformación, la atribuyeron, naturalmente, a los polvos recetados por el sabio Go-Ril-Ho-Fe-ó. Pero nosotros estamos en el secreto, y sabemos que lo que corrigió a Li-Pulgi-Tchin (por cierto que hasta le han vuelto a dar el melodioso nombre de Ling-Lang-Lung) no fué la medicina, sino el miedo a quedar transformado en pulga para toda la vida.

Magda DONATO

Dibujo de BARTOLOZZI.

BREVIARIO HISTÓRICO

EL FIN DE UN HÉROE

ERA la noche del 5 de octubre de 1841. Don Andrés Borrego, que oyó dar las once en un grave y bello reloj que era adorno de su despacho, disponíase a recogerse, luego de haber cincelado uno de aquellos primorosos artículos que le dieron honra y fama en la prensa española. De pronto, llamaron en la puerta.

—Adelante—dijo don Andrés.

Y embocó en la estancia el general don Diego León.

—¿Qué pasa?—preguntó el periodista, extrañado por la inesperada visita. A que respondió don Diego:

—Que estando acordado que el alzamiento contra Espartero sea iniciado en Pamplona por O'Donnell, los generales juramentados en Madrid hemos resuelto ponernos anticipadamente a salvo del Gobierno, para que no se malogre la jornada, y yo, abusando de nuestra amistad, vengo a refugiarme aquí, si es que no estorbo demasiado.

—Mal refugio ha escogido usted, amigo mío, aunque desde este mismo instante puede tenerle por suyo mientras no hallemos otro mejor—respondió don Andrés—, pues por estar en esta misma casa el Nuevo Rezado, entra y sale demasiada gente para que pueda guardarse un secreto. Mañana buscaremos más seguro lugar.

Llamó al criado, después de haber escondido al general, y diciéndole que se proponía pasar la noche trabajando y por ello no le había menester, le mandó que se retirase.

Apenas amaneció, fué don Andrés a cierta casa de la calle de la Gorguera, donde habitaba un don Lucas García, administrador de la condesa del Montijo y muy obligado al periodista insigne por favores de esos que aun la vida parece ruin moneda para pagarlos.

—Señor don Lucas—dijo don Borrego—: ha llegado el tiempo en que yo necesite de usted incondicionalmente. Es necesario que me deje su casa por unos días y que su esposa y usted busquen otra vivienda.

El obligado don Lucas obedeció en el acto el ruego de su amigo (cosa que no pudiera hacer en los tiempos de ahora por muy agradecido que estuviese), sin inquirir siquiera por qué se le pedía aquel sacrificio.

Aquella misma mañana instalóse allí don Diego León, con un criado de toda confianza.

De allí a poco espacio recibió el bravo caudillo de Belascoain la visita de don

Juan de la Pezuela, que aún no era conde de Cheste, uno de sus colaboradores en el movimiento que habría de dar al traste con la regencia de Espartero, devolviéndola a la ex reina gobernadora.

Por muchas que fueron las precauciones, la policía del regente dió con el escondite del bravo conspirador, por cuanto la misma dueña de la habitación se presentó a avisarle de que le prenderían durante aquella noche.

En cuanto cerraron el día las primeras sombras, embozaronse furtivo y amparado en sendas capas y fueron a buscar más seguro asilo, que no lograron encontrar, a las Legaciones de México y Dinamarca, que estaban en la carrera de San Jerónimo.

Al pie de la estatua de Cervantes, muy rebozado hasta los ojos, permaneció no poco tiempo don Diego, esperando a quien tanto se arriesgaba por asegurarse la vida. Volvió al fin el periodista y condujo al general a la Embajada de Francia, donde pudo hallarse otro albergue transitorio.

Allí volvió a ponerse al habla con sus camaradas Pezuela e Isturiz, que determinaron el alzamiento en Madrid para la noche siguiente. Recelando de que con aquellas visitas pudiera haberse puesto sobre aviso la policía, Borrego trasladó por tercera vez a León a otra casa, cuyo dueño estaba ausente, pero que, llegando cuando menos se le esperaba, obligó al ilustre furtivo a buscar nuevo amparo en la casa de Pezuela. De allí salieron entrambos hacia Palacio, en donde prometían apoderarse de la reina.

Dice el general Córdoba, en sus *Memorias íntimas*, que cuando el bravo caudillo de Belascoain montó a caballo en la calle de Valverde para dirigirse al Alcázar, puso en manos de quien con tanta hidalguía le amparaba un paquete de cartas, diciéndole:

—Entregue usted esto a mi hermana, encargándole mucho que lo guarde en lugar seguro.

Entre aquel epistolario no iba, para mal de León, una carta que pensaba enviar a Espartero y vino a ser más tarde la prueba terrible que le llevó a la muerte.

Luego de algunos encuentros con soldados fieles al Gobierno, que estuvieron a punto de dar al traste con la determinación de entrambos generales si entrambos no hubiesen tenido bastante arrojo para aventurar todas las contin-

gencias que les salían al paso, pudieron llegar a Palacio.

El zaguanete de alabarderos que estaba de servicio defendió con tanto arrojo la escalera regia, que, no siendo más de dieciocho, consiguieron tener a raya a las turbas, entre las que había gentes muy acostumbradas a trances de guerra.

León, Concha y Pezuela no pudieron comunicar su entusiasmo a los asaltantes, y así resolvieron parlamentar con los tenaces defensores, procurando convencerles de que nada se atentaba contra el régimen, sino que se pretendía restablecer en la regencia a la reina madre. Los guardias no se dieron a partido, y entonces se pensó en apoderarse del regente; pero también fracasó el atrevido proyecto, por cobardía de las tropas comprometidas.

Los jefes del desgraciado movimiento (León, Pezuela, Concha, Marquessi, Novillas, Lersundi) hubieron de buscar su salvación en la retirada.

Cerca de Colmenar Viejo fué hallado don Diego León por un piquete de su re-

gimiento de Húsares de la Princesa, mandado por el comandante Laviña.

Sometido a Consejo de guerra, fué condenado a muerte.

Dicen que, cuando se le comunicó la terrible sentencia, exclamó, sin perder la entereza de su ánimo:

—He aquí el premio de haber peleado durante siete años por la libertad de mi patria.

Treinta y un años contaba don Diego León, cuando el 15 de octubre de 1841, a las dos de la tarde, dió su vida a las balas de los mismos soldados que le habían ayudado a prender en su pecho la cruz laureada de San Fernando.

Tres días más tarde sufrían la misma trágica muerte el brigadier Quiroga, el coronel Fulgoso, el teniente Boria y el alférez Gobernado. Los demás comprometidos, entre los que también se contaba don Fernando Fernández de Córdoba, que tomó una parte pasiva en los acontecimientos, se salvaron de la venganza de Espartero saltando las fronteras.

Diego SAN JOSE

IMPRESIONES DE UN CAMINANTE

LAS CATACUMBAS

HE bajado a las catacumbas de Flavia Domitilla con una gran perplejidad. Mi alma vacilaba en esa encrucijada de los caminos que remontaban hacia mis ascendencias. ¡Iba a entrar en los dominios oscuros de mi verdadera paternidad espiritual como quien remonta el río que baña el olvidado huerto familiar en que jugó de niño? ¡O, más propiamente, iba a sentir sobre mi rostro el vaho de aversión patricia de mi estirpe aria al penetrar en los nidales mortuorios de donde salió, como de una tumba inmensa, el viento que agostó la cultura clásica? Horacio y Prudencio se disputaban mi sentimentalidad. Inversamente al balbuceo sublime de Renán ante la Acrópolis, en mi labio los trémulos versículos del Evangelio se tornaban estrofas del *Carmen Saeculare*, como si quisiera afeerrarne ansiosamente a la vida ante la divinización del dolor y la muerte.

Diríase que aquí el alma colectiva de Oriente, vencida por el mundo clásico, socavó como un topo los cimientos de la Ciudad Imperial, hasta derribarla. Supo encontrar los pies de barro de la estatua magnífica, erigida por un dios.

He recorrido esas galerías subterráneas bajo un asalto adverso de recuerdos. ¿Dónde estuvo mi sér primitivo, cuando esos cubículos acogieron las manifestaciones infantiles y ambiguas del culto cristiano incipiente? ¿Acaso estuve con los que desviaron la vista y el pensamiento de la existencia misma de tales antros y se acogieron al refinado consuelo de una ironía piadosa? ¿O acaso vine aquí a percibir, bajo los ritos y los símbolos, el misterio inefable de una poesía nueva? ¿O tal vez, con una fe más simple y pueril, pude sentir la sed del martirio para atestiguar con mi sangre la milagrosa verdad, inasequible a la razón? No sé, no sé... Pero errando al azar de estas arterias subterráneas, he conseguido verlas en su transfiguración de ríos de sangre fecunda, corrientes de invisible savia en las raíces de un árbol cuya copa abarcó toda la tierra.

Divaga en mi memoria un verso de Dante (*Inferno*, I, 20-21):

Che nel lago del cor m'era durata la notte...

También, también la noche persistió en el corazón de la humanidad como una herencia de ese culto nocturno, que acaso recibió de la tierra latina un contagio de vagas liturgias cabíricas. El legado de ese origen cavernario y cruento acaso se mostró en la sacrilega desvirtuación que unió el nombre del cristianismo a las horribles persecuciones consumadas bajo su pretexto, como si el recuerdo de las antorchas humanas de Nerón suscitase la hoguera de los autos de fe, y a las torturas refinadas de los martirologios debiesen corresponder inversos martirios, consumados en nombre de la nueva fe...

Voy bajando por el laberinto de las galerías tenebrosas. Los huecos sepulcrales ostentan sus últimas reliquias. Amarillean los huesos en las cavidades abiertas como capillas primitivas; los lacrimatorios sugieren el gemir ritual de las plañideras; las lucernas han agotado su óleo, que alumbró el misterio en que germinaba el nuevo sentido trágico. Y en la propia tiniebla simbólica de estas cataratas, de donde salió la verdadera piedra angular sobre la cual se fundó la Iglesia, la Iglesia en el sentido original de la palabra, esto es, la nueva sociedad, yo quisiera evocar esa tragedia.

Hemos dicho que Roma había aportado al antiguo mundo clásico una concepción dinámica. Entre Grecia y Roma hay una relación de espacio a tiempo. Roma quiso immortalizar los bellos momentos, aprisionar por las alas, como una mariposa o, mejor, como un alma, el instante fugaz, y clavarlo en las lápidas triunfales de los pórticos. De Grecia a Roma se completa la evolución del sentido apolíneo en sentido dionisiaco. Pues bien: el cristianismo, que comienza con una refundición del símbolo cruento del vino y una renovación del sentido triunfal de la Pasión, exaltando a nuevos valores la Pascua judaica, quiere, por otra parte, dar también una forma nueva a la serenidad helénica. Si los griegos intentaron plasmar en las formas materiales las nociones eternas, los cristianos quieren infundir en la vida misma un valor de eternidad, compensando más allá de la muerte la bajeza y el dolor temporales, o

poniendo una eternidad de sufrimiento como compensación a los gozos culpables. Ideal de raza perseguida y esclava, que confía la equidad restauradora a un invisible Dueño.

Un nuevo hieratismo, una nueva estabilidad ideal germinó en estas lobreguezas. Como en las sociedades eleusiacas, madres de la tragedia, nuevas interpretaciones esotéricas nacieron aquí en el gesto de la diestra sacerdotal que distribuía el pan repitiendo las palabras mesiánicas. La imposición de manos sobre la cabeza de los discípulos, la loción del agua o del óleo sobre la cabeza de los catecúmenos, adquirieron desconocidas trascendencias. El Cristo había convertido en Caná el agua en vino, y luego en Jerusalén el vino en su propia sangre. ¡Cuánta riqueza de visiones no había en esa tradición, para unos humildes siervos que conocían confusamente el trasunto de las fiestas báquicas, degeneradas en vileza!

En ese muro que rozamos al pasar, mientras tiembla en nuestras manos sudorosas la candelilla, las pinturas y los mosaicos evocan toscamente formas reveladoras. Las tradiciones hebraicas se resuelven nuevamente en símbolo; el cristianismo fué un renacimiento oriental antes de ser un renacimiento pagano. La ballena de Jonás es la forma profética de la Resurrección, en esta iconografía mural, todavía balbuceante. Y el jeroglífico, o escritura sagrada, resurge en el Pez anagramático del nombre de Cristo. Esta forma del pez, muestra primitiva ofrecida a la adoración de los fieles, evoca una gran riqueza de sugerencias. ¿No habrán nacido de una semejante casualidad léxica muchas idolatrías? El cristianismo primitivo, que sin duda puso una escrupulosidad nimia en evitar todo zoomorfismo idolátrico, y aun todo antropomorfismo, restauraba, sin saberlo, los gérmenes nobles de la idolatría, inconsciente de las propias desvirtuaciones idolátricas que con el tiempo había de sufrir su propio culto. Y junto a la forma pictórica del Pez, anterior al culto para-

dójico de la Cruz, divulgaba el Apocalipsis otra forma zoomórfica de Cristo, la del Cordero, como víctima en el supremo altar.

En estas cavernas tuvo su nueva prehistoria la Humanidad, y en ellas volvió a ser infantil y tosca; en ellas recomenzó la eterna marcha de su caravana. Este pez mural y emblemático, ¿no recuerda las formas de mamut o de reno que decoran las cavernas troglodíticas? Acuden a mi memoria, como sugestiva comparación, unas formas esculpidas, mucho más expertamente, en los *Anaglyphs Trajani*, junto a la columna de Focas, en el Foro. Son unos bajorrelieves procedentes, según se cree, de la tribuna de las arengas. Representan un jabalí, un carnero y un toro, animales que eran inmolados en el sacrificio público de los *suopetaurilia*. Todo es uno y lo mismo, dirá el visitante superficial. Pero entre esos relieves zoomórficos y el Pez de las catacumbas, media una visión opuesta de la espiritualización, aunque después se haya malogrado la forma cristiana.

También entre las ruinas venerandas del Foro y el recuerdo consagrado de las Catacumbas media una polarización del sentido de divinidad. Evoquemos, en la opresión sepulcral de las Catacumbas, el panorama que se nos ofreció desde el Capitolio. Columnas truncadas, pedestales de estatuas ecuestres, pórticos que curvan en el aire su arco, ansioso de juntarse a su mitad caída; capiteles de templo que se derrumbó; solares de basílica... Allí el hombre ascendió a su categoría de

dios. En cambio la bóveda opresora de las Catacumbas acogió el ideal inverso, en que Dios descendió a encarnación humana y tomó carne para sufrir en expiación, a manera de víctima ofrecida paradójicamente a sí mismo, para que fuese mártir o testigo de su propia divinidad.

Pero de aquí emergió una inevitable divinización del dolor y de la sangre como ofrenda agradable a la Suprema Esencia. Emergió una concepción pesimista de la vida, opuesta al optimismo clásico. Emergió una glorificación de la Muerte como puerta triunfal de la verdadera Vida. Y no hay mejor fuente de sugerencias para beber en ella el contraste entre esos valores opuestos, entre los dos mundos que en esta Roma libraron la suprema batalla.



Voy a salir de nuevo hacia la Luz; divaga en mis labios la palabra dantesca: *stelle...* ¿No queda en estas cavidades el germen plutónico del cristianismo, la primera visión del Infierno? Los vivientes sepultados en ellas para los ejercicios de su culto debieron fantasear aquí el descendimiento de Jesús a los Infiernos según su propia fe; y así verían aparecer la sombra soñada del Redentor de sus sufrimientos infernales, entre la penumbra de las antorchas. El aire, pesado en estas honduras, me parece condensar un resto de aromas orientales, acaso del vaso alabastrino de alguna conversa. Vibra sobre mi cabeza un invisible cimbreo de palmas, como en una coronación de márti-

res, compensación de la corona sangrienta de los césares. En estas profundidades, bajo la Roma augusta, germinaba la potencia destinada a ceñir la púrpura venidera; y sobre estos primitivos *cementarios*, debían tomar su vuelo, con el tiempo, las arcadas prodigiosas de la Catedral. ¿No hay una neblina de incensario, que ofusca ya nuestra visión?

Pero ese origen sepulcral dejó su sello en la fe que aquí nacía. Desde entonces, la Muerte y el Dolor fueron divinos. Y en el lago del corazón de la cristiandad, como en el del gran Poeta, la noche persistió...

Gabriel ALOMAR

¿Suele bajar la luz y está usted medio a oscuras en su casa? Le conviene surtirle pronto con el voltaje adecuado de la inmejorable lámpara **TUNGSRAM** (país de origen, Hungría), famosa en todo el mundo, y estará usted encantado de la vida. **LAMPARA TUNGSRAM, Montero, 10,** teléfono 39-49 M., y en los principales establecimientos de electricidad.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—Madrid.

Librería, Caballero de Gracia, 28.

Últimas novedades:

El Caballero Audaz: LO QUE SÉ POR MI (6.ª serie), 5 pesetas.

Hernández Cid: PELAYO GONZÁLEZ (novela), 6.ª y definitiva edición. 5 pesetas.

Antigüedad: EL LADRON HIDALGO (nuevas aventuras de Pedro Moro), 3 pesetas.

Lady Flowers: LA HERMOSURA POR LA HIGIENE (libro de gran utilidad para las señoras), 4 pesetas.

Kant: EL PERRO DE SIR JHON KNITT (novela), 1 pe. eta.

Libros recientes:

Verona: MIMI BLUETTE (novela), 5 pesetas.

G. Carrillo: EL EVANGELIO DEL AMOR (novela), 5 pesetas.

Oteiza: ABD-EL-KRIM Y LOS PRISIONEROS, 4 pesetas.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)

ODEON

es y será siempre la marca de DISCOS que ofrezca mayores novedades.

Todos los grandes artistas colaboran en ella, y su repertorio reúne todos los géneros.



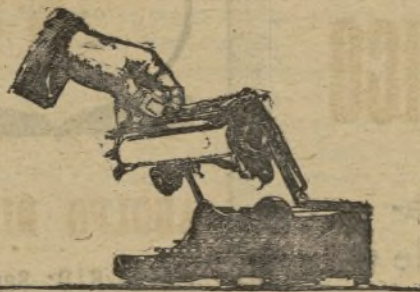
Pida usted catálogo y condiciones a ODEÓN - Preciados, 1 - MADRID

CORONA

La máquina de escribir perfecta

Se dobla como

— un libro —



Sólo cuesta

500 pesetas

Fabricada por Corona Typewriter Co. Groton
GASTONORGE C. A.—Sevilla, 16.—MADRID

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá esquina a Barquillo. Se admiten suscripciones y anuncios.

LADRILLOS REFRACTARIOS TUBERIA DE GRES

Fábrica: PACIFICO, 12
TELEFONO M 17-85

TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Establecimiento Benninger. Uzwil (Suiza). Pidanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)
VALVERDE, 20.—MADRID

Droguería, Perfumería, Colores FLORENTINO PÉREZ (S. en C.)

SUCESORES DE EDUARDO DIAZ HERRERA
Primera casa en barnices, esmaltes y purpurinas de todas clases
Hortaleza, 17-Madrid-Teléfono 1038 M.

MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

SERRANO, 17
AYALA, 60

CARLOS COPPEL



Fábrica
de
relojes.
Fuencarral, 27
Madrid.
Catálogos
gratis.



MARCA DE FÁBRICA
REGISTRADA

A cada reloj,
acompaña
certificado de
garantía.
Remesas a provincia
Ventas al por
mayor y menor.

Rosado Rivas

CALLOS

Las terribles molestias de
los pies, callos y durezas,
desaparecen completa-
mente usando sólo tres
días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo ca-
so. Pregunte a cuantos le
han usado y oirá usted
maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1.50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



PHILIPS

FILAMENTO METÁLICO



CONSTRUCCIÓN NUEVA Y MÁS MODERNA

LOS GANCHITOS QUE SOSTIENEN
LOS FILAMENTOS SON FINOS Y FLE-
XIBLES, LO MISMO LOS DE ARRIBA
(EN OTRAS MARCAS SON RÍGIDOS),
COMO LOS DE ABAJO, PARA AMORTI-
GUAR LOS GOLPES Y TREPIDACIONES

DOBLE DURACIÓN

Exijan marca PHILIPS sobre el cristal De venta en todas partes

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: San Agustín, 2.

BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

ALFONSO

FUENCARRAL 6 MADRID

FOTÓGRAFO

TOLEDO 63 MADRID

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ